

bales y sacrificios humanos convertidos en ritualidades religiosas. Así era entre los antiguos Mejicanos. Los hábitos caníbales de la raza que dominaba en Méjico tenían por cortejo la muerte de esclavas etc. en los funerales, así como el de prisioneros ante los dioses; sin duda que en el último periodo de la dominación de esta raza no se profesaba abiertamente la creencia de que los sacrificios humanos sobre las tumbas tenían por objeto suministrar víveres á los muertos; pero podemos creer que así era en los primeros tiempos, al ver hasta qué punto se tomaba á la letra la idea de que una víctima inmolada á los dioses era una ofrenda alimenticia: en efecto, se arrancaba el corazón de la víctima, se ponía en la boca del ídolo y se teñían con sangre los labios del dios. Así, pues, cuando Piedrahita nos refiere que los Chibchas ofrecían á los Españoles hombres en calidad de alimentos, y Acosta, despues de haber notado que los Chibchas no eran caníbales, pregunta cómo «podían creer que los Españoles, estos hijos del Sol (como los llamaban) se habían de deleitar con los bárbaros holocaustos que ofrecían á este astro,» debemos pensar que los sacrificios humanos que hacían en los funerales, así como los que ofrecían al Sol, eran los restos de un canibalismo extinguido. Conocemos otros hechos que no nos permiten dudar que los sacrificios humanos sobre las tumbas tenían primitivamente por objeto suministrar carne humana y otros alimentos al alma de los muertos, y que los sacrificios humanos, en cuanto ritualidades religiosas, son su consecuencia. Los Khonds creen que sus dioses se comen los hombres que se les inmola; los Tahitianos creían que sus dioses se alimentaban de los espíritus de los muertos, por cuya razón se los ofrecían en frecuentes matanzas; finalmente, los Tongans ofrecían niños á sus dioses, que eran los jefes divinizados.

Lo mismo puede decirse de la costumbre de inmolar hombres para procurar servidores al muerto. Ya hemos visto cuan comun es en las sociedades no civilizadas ó á medio civilizar la costumbre de matar prisioneros, esclavos, mujeres y amigos para formarle cortejo al muerto. En algunos países se renueva este sacrificio. Entre los Mejicanos se degollaban nuevos esclavos el quinto día despues de los funerales, el vigésimo, el cuadragésimo, el sexagésimo y el octogésimo. En Dahomey las degollaciones son frecuentes; quieren que las víctimas vayan al otro mundo á servir al rey difunto y llevarle mensajes de sus descendientes. De los sacrificios humanos renovados de esta suerte evidentemente con el fin de obtener favor de los espíritus muertos, se pasa sin solución de continuidad al estado de sacrificios humanos periódicos, que comunmente se encuentra en las religiones primitivas.

Sacados de todas las partes del mundo, hemos citado ejemplos de sacrificios sangrientos verificados en honor de los muertos. Si estas ofrendas no tienen otro punto de vista, tienen el de ser obra de los caníbales primitivos. Que los hombres á manera de fieras se complazcan en beber sangre y más aun, sangre de sus semejantes, nos parece de todo punto increíble. Pero cuando se lee en relaciones de viajeros que en Australia «los vengadores de sangre comen cruda la carne humana;» que el jefe fijiense Tanoa corta el brazo de su primo, bebe su sangre, lo hace cocer y lo come en presencia de aquel á quien pertenecía; que los Vateos caníbales exhuman, cuecen y comen cadáveres enterrados tres ó cuatro días antes; que entre los Haidahs de los Estados del Pacífico, el taamisch, el inspirado hechicero «se precipita sobre la primera persona que encuentra, la muerde y engulle uno ó dos bocados de carne viva arrancada del punto donde ha podido aplicar sus dientes, corriendo luego á hacer lo mismo con otros;» que entre los Nutkas de la Isla de Vancouver el hechicero, en lugar de morder á los vivos «se contenta con que sus dientes puedan maniobrar en los cadáveres de los cementerios,» vemos cosas horrorosas de las cuales la imaginación no concibe ni la posibilidad de que pudieran cometerlas los hombres primitivos, contándose entre ellos el de que beban sangre humana aun caliente. Asimismo podemos deducir que las historias de los Vampiros de las leyendas populares—Folk-lore—se originan á no dudar de hechos atribuidos á los caníbales primitivos. Creemos, pues, en vista de todo lo expuesto, poder inferir que las ofrendas de sangre á los muertos de que hemos hablado, fueron al principio y siguen siendo todavía, como nos dice Burton, «una bebida para los muertos.» Por lo demás, como no hay mayor diferencia entre beber la sangre de los animales y beber la humana, de la que hay entre comer la carne de los animales y comer la humana, desaparece toda duda sabiendo que hasta en la actualidad los Samoyedos se deleitan en beber sangre calentada del animal; recuérdese que Ulises describía las sombras del Hades griego, afanándose por beber la sangre de los sacrificios que les ofrecía, encontrando en ello un alivio.

Si, pues, la sangre que se vertía en los funerales se vertía primitivamente para alivio de la sombra; si se vertía despues, como los sanguinarios naturales de Dahomey, para obtener en la guerra el favor del espíritu de un rey muerto, claro está venía á ser una ofrenda de sangre á un sér sobrenatural en virtud de una propiciación especial, no puede pues caber la menor duda de que la ofrenda de sangre humana á un dios por semejante motivo, no es más que una nueva aplicación de esta costumbre. Lo que sucedía en Méjico es prueba evidente de ello. Sus razas dominantes descendían de los Caníbales que habían conquistado el país:



ellas tenían dioses caníbales cuyos ídolos se alimentaban de corazones humanos; cuando pasaba algún tiempo sin que se consumara sacrificio alguno, los sacerdotes advertían á los reyes que los ídolos «morían de hambre;» hacíase guerra para tener prisioneros, «porque los dioses pedían de comer,» y por esta razón anualmente se sacrificaban millares de víctimas. Añadamos á esto que ofrecían sangre de otra manera también á los mismos; ya que «los Indios daban de beber á sus ídolos su propia sangre sacada de las orejas;» que los sacerdotes y otras personas de significación sacábanse también sangre de las piernas y embadurnaban los templos;» en fin, que «ciertos sacerdotes daban su sangre ya muy á menudo, ya cada día;» hechos todos que demuestran la filiación de tal costumbre.

En los mismos monumentos de las antiguas naciones de Oriente encontramos ofrendas sangrientas comunes á los dos órdenes de ritos. Existía entre los Hebreos el uso de la efusión voluntaria de sangre en los funerales, costumbre no indígena, sino tomada de los pueblos vecinos. La prueba de ello la tenemos en el Deuteronomio que prohíbe á los Hebreos hacerse incisiones en honor de los muertos. En fin, la efusión voluntaria de sangre era una ceremonia religiosa en los pueblos vecinos de los Hebreos; y para probarlo bastará decir que los sacerdotes de Baal se hacían cortes «hasta que salía sangre.»

La sola cuestión que se presenta es la de saber hasta qué punto esta clase de ofrenda propiciatoria se da en la que vamos ahora á examinar, es decir, en la del sacrificio de una parte del cuerpo como señal de subordinación. Hemos indicado muchos ejemplos de mutilaciones por causa de ritos fúnebres, y no hay inconveniente alguno en señalar muchos más. Entre los Nateotetens de la América del Norte, mujeres hay que se amputan una falange de un dedo cuando se les muere un pariente próximo; así se ven en consecuencia de este uso, mujeres ancianas que no tienen ninguna falange en los dedos de sus manos. Cuando muere un jefe salich, es costumbre también que la mujer más valiente, y el que debe ser sucesor del jefe, se corten mutuamente pedazos de carne y las arrojen al fuego con la comida junto con una raíz. Para hacer juego con estas mutilaciones, encontramos en América otras que son prácticas religiosas. Una parte de los pueblos de Méjico practicaban la circuncisión (ó algo análogo), así como también mutilaciones mucho más graves que la circuncisión. Los Guancavilcas, pueblo mejicano, arrancaban tres dientes de cada mandíbula á sus hijos, y creían que este sacrificio era «muy agradable á sus dioses;» antes habíamos visto que la extracción de uno de los dientes anteriores, era rito que se cumplía en los funerales de un jefe en las Islas Sandwich.

Todavía tenemos otra clase de mutilaciones, y es la que se encuentra en entrambas clases de prácticas. Se han dado abundantes pruebas en apoyo de que la costumbre de cortarse los cabellos en los funerales es común entre los salvajes; costumbre que se encuentra también como sacrificio religioso. En las islas Sandwich, en ocasión de la erupción volcánica de 1799, después que se hubieron hecho en vano muchas ofrendas á los dioses para que la detuviera, el rey Tamchamcha, dicese, se cortó una parte de su cabellera, que se miraba como sagrada, y la arrojó á un torrente como ofrenda la más preciosa. Los Peruanos ofrecían siempre pelos por devoción. «Al hacer una ofrenda, dice Garcilaso, se arrancaban un pelo de las cejas;» y José d'Acosta habla igualmente de los sacrificios que consistían en arrancarse los pelos de las cejas ó pestañas en honor de los dioses. Lo mismo sucedía en Grecia, cuando había un casamiento; la novia sacrificaba en honor á Aphrodita un mechón de sus cabellos.

Así, pues, tanto si se trata de sacrificios de víctimas humanas como de ofrendas de sangre producidas por heridas á los vivos ó muertos, como de ofrendas de una parte del cuerpo ó cabellos, vemos que los ritos fúnebres corren pareja con los ritos religiosos (1).

¿No hay otros medios de asegurar la buena voluntad de esos seres invisibles? Si los salvajes en general piensan, como los naturales de las islas Aleutianas, que debe conquistarse el favor de la sombra de los muertos «que son capaces de hacer bien y mal,» ¿no se harán esta pregunta y hallarán una respuesta afirmativa? Sus parientes gustaban en vida verse aplaudidos; y ahora, aunque invisibles, vagan en torno suyo; los escuchan á menudo y les gusta oír alabanzas. De aquí viene otro grupo de observaciones.

(1) Como transcurrieran algunos años hasta que publiqué la parte de esta obra que tratará del gobierno ceremonial, me creo obligado á indicar brevemente las deducciones que he sacado respecto de las mutilaciones corporales en general, que se apoyan en ese gran número de hechos concordantes.

Todas las mutilaciones tienen por origen los trofeos de guerra que el guerrero vencedor lleva para atestiguar sus proezas. Cuando se ha dado muerte al vencido, sea que se le abandone, sea que se le coma, se erige naturalmente el trofeo sin cuidar del peligro que la mutilación puede producir en su vida. Pero cuando el vencido se reduce á esclavo, no es preciso para levantar el trofeo matar el prisionero ni disminuir la utilidad de sus servicios. Así las mutilaciones practicadas á los prisioneros como consecuencia del trofeo, implican necesariamente la persistencia de una marca llevada por el vencido, es decir, un signo de subordinación. Estas marcas que no sirven más que para distinguir los prisioneros de guerra, vienen á ser signos de subordinación de las tribus sujetadas y de los individuos nacidos en la esclavitud. Una vez establecidos como signos de sumisión á un conquistador, ó como signos de sumisión de una clase, vienen á ser signo de sumisión á los muertos que los vivos se infligen voluntariamente para mostrarse ante los espíritus favoritos: en primer lugar el espíritu de un jefe feroz que inspiraba en vida un profundo terror, para pasar en seguida á los espíritus de personas ménos importantes siguiendo la marcha de todos los usos ceremoniales. Al fin y al cabo se convierten en ritos político-eclesiásticos, que llevan con ellos vagas ideas de sumisión y de carácter sagrado, después de haber perdido su significación especial. Por último se observa que en los pueblos civilizados, estas marcas de subordinación se convierten en motivos de orgullo y toman el carácter de adornos. Dánse cortes para realizar luego el arreglo de las cicatrices que tanta admiración causan, y el tatuaje, al difundirse, se convierte igualmente en un adorno.



En su obra titulada *Razas indígenas de los Estados del Pacífico*, Bancroft cita, tomándolo de un testigo ocular, la narración de unos funerales en que un hombre que llevaba á cuestas el cadáver de su mujer á la caverna sepulcral, expresaba el sentimiento que con tal pérdida experimentara celebrando las virtudes de la difunta; otros miembros de la tribu le seguían repitiendo sus palabras. Esta costumbre, en la que entra por una gran parte la expresión natural de privación, contiene también la idea de propiciación. Southey nos dice que los Tupís, en una fiesta fúnebre «cantaban en alabanza de los muertos.» Los indígenas de la Baja California, entre otros honores dispensados al muerto, «un quama ó sacerdote canta sus alabanzas,» y los Chippeues rinden este homenaje perpétuo colocando sobre la tumba un pilar de madera ó «las inscripciones que indican el número de batallas en las cuales ha tomado parte activa el difunto, y el de las cabelleras que ha cortado;» de aquí que entre nosotros se perpetúe la memoria de los muertos por medio de inscripciones sobre la lápida sepulcral. Ciertos pueblos civilizados de América han llevado mucho más allá el elogio fúnebre. Palacio nos explica que en San Salvador «se cantaba la genealogía y las hazañas del muerto, durante cuatro días y cuatro noches. El padre Simon cuenta que los Chibchas «cantaban himnos fúnebres y los altos hechos del difunto.» Asimismo describiendo los funerales de los Peruanos, Cieza indica que el cortejo atraviesa la ciudad «proclamando en los cantos las hazañas del jefe muerto.» En Polinesia hallanse costumbres análogas. Ellis cuenta que en ocasión de una muerte, en Tahiti, pareció entender «baladas elegíacas compuestas por los bardos que se cantaban para consuelo de la familia.» Volvemos á encontrar el mismo uso en África. Según Cailliés, los Mandingas hacen elogios del muerto en el acto del entierro. En fin, en el gran pueblo histórico de África, tomó la misma costumbre un desarrollo proporcionado al progreso de su vida social. No solamente los Egipcios cantaban himnos conmemorativos á la muerte de su rey, sino que pronunciaban alabanzas de la misma clase en general para todos. Habían llorones asalariados para referir las virtudes del difunto, y cuando en la antigüedad se depositaba en su tumba un Egipcio de talla, el sacerdote daba lectura de un papiro en el cual se relataban las hazañas del muerto, y la multitud añadía sus alabanzas á las del sacerdote pareciendo una especie de responso.

En algunos casos sucede que el elogio no acaba con los funerales. Heriot indica que los Indios del Brasil «cantan en homenaje de los muertos cada vez que pasan junto á sus tumbas.» Asimismo escribe Bancroft, que «durante largo tiempo después de su fallecimiento, los parientes luego de levantarse y antes de

acostarse, se postran ante la tumba y cantan himnos de luto y de alabanza.» Garcilaso nos dice que en el Perú, durante un mes después de la muerte del Inca, «se cantaban en alta voz sus hazañas guerreras y los beneficios que había procurado á las provincias.» Después del primer mes se repetía la misma ceremonia durante quince días á cada fase de luna, y esto duraba por espacio de un año entero. Prescott cuenta que «los bardos y los poetas estaban encargados de consignar sus altos hechos y continuaban repitiendo sus cantos en los banquetes.»

El motivo del uso fúnebre hermana perfectamente con el religioso. Entre los Amazulus se repiten las alabanzas á los muertos con el interesado fin de conciliar su favor y escaparse de sus castigos. Respondiendo un Zulu á los reproches que le dirige el espíritu irritado de su hermano, le dice: «Yo te invoco, yo te alabo dándote los nombres de alabanza.» No es esto todo: «si reina una enfermedad en la villa, el primogénito le alaba (el padre) dándole los nombres de alabanza á que se había hecho acreedor combatiendo contra el enemigo, y al mismo tiempo alaba todos los otros Amatongos» (espíritus de los antepasados). Las creencias atribuyen á los espíritus el amor á las alabanzas. Después de una buena cosecha por la cual cree el pueblo deber estar muy agradecido á los espíritus, el jefe se considera obligado á verificar un acto religioso por temor de que los espíritus no le digan en sueño: «¿por qué después de haberos favorecido con tan grande cantidad de alimentos, no os habeis dignado darme las gracias?» En fin, tenemos la prueba de que este deseo de alabanza obedece á que los espíritus de los antepasados son celosos. Canon Callaway nos demuestra que desde que se determina, gracias á un adivino, cuál de los espíritus antepasados es el que produce una enfermedad, se le distingue en las alabanzas que se le dirigen. Hé aquí las palabras de un Zulu llamado Umpengula Mbanda: «Se le llama primeramente y se le dice:

«Fulano de tal, hijo de fulano de tal, dándole los nombres de alabanza; después se pasa á su padre que se nombra también refiriendo la enfermedad: «légase hasta el último; y cuando se está por acabar, se dice: Vosotros, gentes de Gonala, vosotros que habeis hecho tales cosas (las hazañas ya mencionadas) venid todos.»

Así, se empieza por un elogio á los muertos, es decir, por un rito fúnebre, se pasa á las alabanzas repitiéndose una vez, después á las alabanzas que se repiten de vez en cuando en épocas fijas, y finalmente se eleva á alabanzas re-